TITULO

Camino negro

María Luisa Picado Silva

DEDICATORIA

Este libro quiero dedicarlo a los últimos rayos
de luz en llegar a mi casa:
A los pequeños, Kai y Mia.
A mis dos estrellas: Nicole y Xenia.

Agradecimientos

Esta historia no habría sido posible, sin la colaboración que con tanto cariño me aportaron algunas personas de mi entorno.

Porque sus vivencias enriquecieron mi relato. Porque compartimos una época muy difícil y llena de esperanza. Y porque fue mucha la información que me aportaron.

Muy especialmente a mi querido Lolo, por compartir conmigo todos sus recuerdos de aquellos años de su infancia y de mina en Escandal, las huelgas mineras del año 1962, 1968 y 1971. Recuerdos, que en algunos casos yo he utilizado para escribir esta historia.

A mi buen amigo Javier Rodríguez Sotuela, por toda la información tan valiosa y por su apoyo incondicional. Porque él con su forma de vivir el Evangelio fue capaz de llegar a los corazones de sus amigos y feligreses. Porque es un gran luchador y es un hombre bueno.

A José Antonio Pérez Molina, por compartir conmigo vivencias muy duras, por su sensibilidad y por trasmitirme sentimientos tan profundos.

A Rosi Pérez Molina porque siempre estuvo al otro lado del teléfono.

A Francisco Expósito Alves (Kiko) por cederme tan generosamente sus fotos (incluida la de la portada de este libro) y por permitirme disfrutar de estas maravillosas imágenes (que con tanta paciencia hace) algunas de las cuales ilustran este relato.

NOTA DE LA AUTORA

Quiero dejar constancia que cualquier parecido con la vida real de alguna/s persona/s es mera coincidencia. Los hechos narrados en este libro son fruto de mis propios recuerdos y/o historias que otras personas me explicaron y autorizaron a escribir.

Este libro nació entre realidad y fantasía. Sin ninguna pretensión, sólo la de relatar una forma de vida. La vida en las zonas mineras del Bierzo, las minas de carbón, las huelgas, la represión y la dictadura en sus últimos años. La vida de un pueblo en su necesidad de despertar. La juventud inquieta con ganas de crecer como personas libres. Me gustaría también aclarar que todas las historias aquí relatadas son verdaderas, aunque algunas estén desplazadas en tiempo y/o lugar.

El carbón que silenciosamente se metía en las entrañas de los habitantes de la zona: Matarrosa del Sil, Toreno, Villamartín, Santa Leocadia, Peñadrada, Langre, Librán, San Pedro Mallo, Santa Cruz, Torenillo, Tombrio de Arriba y Tombrio de Abajo, Fabero y tantos “pueblines” de la zona. El río Sil bañando el valle. Ponferrada como referencia…

La historia se desarrolla entre los años 1961-1970. Y otra parte de la historia entre los años 2012 y 2013. Años de especial lucha y movilizaciones por el futuro de las minas.

Prólogo

Pretende María Luisa, con este nuevo libro, compartir las vivencias, emociones y recuerdos de su juventud en Matarrosa del Sil.

Todos los relatos son una mezcla de realidad y ficción, pero a través de ellos se vislumbra la verdadera historia de este pueblo minero en la década de los sesenta y sus conflictos. Como homenaje a una amistad muy profunda cita los nombres de algunas personas concretas, aunque sus personajes son inventados o distorsionados.

Hace mención de un local, El Centro, como lugar de reuniones, charlas, cursillos, etc... La función de este local era la formación de los militantes de la JOC y HOAC. El método de esta formación: revisión de vida o encuesta, está basado en VER un hecho concreto; JUZGAR ese hecho, causas, consecuencias... y ACTUAR sobre ese mismo hecho o similar.

En una ocasión, en este centro, tuvimos el privilegio de asistir a un recital de canciones de Manolo Díaz, famoso compositor y cantautor, acompañado de Miguel Manzano, también compositor de temas socio-religiosos.

Rosi, ésta sí que es real, tenía en su casa un fondo de libros que prestaba y controlaba, buscando por medio de la lectura, la promoción humana y cultural, consciente que la cultura es el único medio de ser libres. Esto se fue comprobando con el tiempo.

También era ella la responsable de la formación de las aprendizas de la JOC. Comenzaban con un cursillo de iniciación a la vida de las adolescentes obreras, que ella misma impartía. Antes lo habían sido Isabelita y Carmina. De los chicos, fueron Agustín y Manolo.

Ovidio Melcón y María Jesús de la HOAC, nos visitaban con frecuencia para dar charlas o algún cursillo. Ovidio era responsable de la editorial ZYX y nos surtía de libros. Se vendían unos veinte de la serie roja, de temas sociales, políticos, sindicalismo, historia del Movimiento Obrero, etc...

Pero la base esencial de todo el trabajo, era la calidad humana de los vecinos y vecinas. Solidaridad, compañerismo, honradez,... Valores que se han ido trasmitiendo de padres a hijos y de hijos a nietos, como podemos comprobar en los encuentros periódicos en Cataluña o en las visitas a Matarrosa.

Muchos han desaparecido. Algunos muy jóvenes. Todos han dejado sus huellas en nuestra pequeña historia. Una historia sencilla y humilde, de un pueblo sencillo y humilde... Pero son nuestra historia y nuestro pueblo unido y solidario.

Gracias, gracias, gracias...

Javier R. Sotuela

1. Sonó el teléfono

Cuando sonó su iPhone 5 de color blanco, Bárbara se sobresaltó, cogió su teléfono y comprobó que era un número desconocido, pero aun así contestó:

—Hola, buenos días ¿dígame?
—Hola, ¿cómo estás? ¿No sabes quién soy?
—Bueno, tu voz me resulta conocida, pero no recuerdo bien de dónde… no te ubico.
—jeje, soy Ofelia. Por fin he podido localizarte. Hace tiempo que intento ponerme en contacto contigo. ¡Qué alegría! ¡Por fin!

Bárbara sintió un nudo en el estómago. Hacía años que no sabía nada de su buena amiga. Habían perdido el contacto después de su boda, a raíz de las huelgas de las minas de carbón en los años 1969-1970. La verdad es que no lo recordaba muy bien. En Matarrosa del Sil fueron meses de lucha. En toda la cuenca minera y Gaiztarro se mantuvo el pulso con los mineros. Algunos obreros fueron despedidos y su marido fue de los que perdieron su empleo. Al quedarse sin trabajo decidieron emigrar y poco tiempo después, el famoso tren Estrella Galicia, a su paso por Ponferrada los transportó a su nuevo destino: Barcelona. Pero de aquello ya hacía muchos años…

Después de ponerse al día concertaron una cita

—Bueno, ¿quedamos para comer en la Taberna de la Ronda? Está pegada al Corte Inglés de plaza Cataluña, por el lado de Ronda San Pedro. Allí se come muy bien.
—Bien. Te tengo una sorpresa... Así que el viernes diecisiete nos vemos y hablamos... ¿Dices que la comida es buena?
—Ya *lo creo. Hacen un pulpo a la brasa exquisito. Llamaré a un amigo mío, Modesto, que trabaja allí. ¡Seguro que nos reserva una buena mesa!*
—¡Qué alegría y qué ganas de que llegue el viernes!

Mientras escuchaba la voz de su amiga los recuerdos se agolpaban en su cabeza.

Su primer hogar en aquella zona oscura y lluviosa, a su llegada a Matarrosa con sus padres y sus hermanos pequeños, fue una medio casa-medio chabola en un lugar llamado “Los Barracones” muy cerca de las Casas Nuevas. Seguro que habían sido los almacenes de los materiales utilizados para construir el nuevo barrio y que, ante la falta de viviendas y el auge de la inmigración, los habían acondicionado un poco y los alquilaban a las familias que llegaban de distintas zonas.

La vivienda estaba adosada al monte. La parte trasera estaba incrustada en la montaña por lo que cuando llovía las filtraciones eran grandes y el agua goteaba por las paredes traseras. La distribución estaba compuesta por una pequeña cocina, donde destacaba una estufa de hierro, que funcionaba todo el día con carbón, carbón que al arder desprendía un olor muy peculiar y característico, como de azufre, aunque nunca lo identificó. A Bárbara siempre le había chocado ese olor y nunca llegó a acostumbrarse. No era un olor que “hiciera hogar”. Ella estaba acostumbrada al fuego de leña o al carbón vegetal. Éste era otra cosa. Era una piedra que a ella le costaba entender que ardiera y que desprendiera tan grandes calorías, hasta poner la estufa de hierro forjado al rojo vivo, como una brasa. Era un olor como el de la máquina del tren de La Minero. Olor a carbón quemado. Olor que la máquina desprendía y esparcía por todos sus vagones. Humo y olor que los trenes carboneros, que subían y bajaban de las cuencas mineras, esparcían por todo el precioso valle mientras transportaban sus cargas de piedras valiosas bor-

deando el río Sil. Olor que durante muchos años desprendiera la escombrera de Alinos, en su lento arder. Era el olor de la zona, de las minas, del carbón antracita, de la piedra fuerte y poderosa. Ella se mareaba siempre que viajaba a Ponferrada, a Toreno o a otros pueblos de los alrededores y esa esencia alimentaba sus náuseas.

Aparte de la pequeña cocina la casa tenía dos habitaciones, una que servía de trastero, de pequeña despensa y a su vez de dormitorio. En un rincón de la misma se almacenaba el carbón (Gaiztarro daba por convenio a sus trabajadores todos los meses una cantidad de carbón para su uso) y un montón de leña de varios tamaños para encender la estufa. Al lado se podía ver un cesto con patatas y otros comestibles: cebollas, ajos… En una esquina había una cama de plaza y media donde dormía Bárbara con sus dos hermanos. Este espacio de la casa era muy húmedo.

En la otra habitación dormía el matrimonio. No tenían ni lavabo ni retrete, tenían que utilizar uno comunitario que estaba en la calle. La letrina era una especie de agujero en el suelo que compartían con los vecinos. Allí se vaciaban los orinales que se utilizaban en los hogares por las noches. Durante el día podías utilizar directamente aquel servicio, pero como era compartido con varias familias, o estaba ocupado o te apremiaban para que salieras pronto. Era un lugar sucio y maloliente, aunque las vecinas se esforzaban en echar unos cubos de agua y limpiar con una escoba vieja.

El agua la traían de una especie de fuente compuesta por un trozo de hierro con un grifo. La instalación era muy sencilla, pero abastecía a todo el vecindario, a las Casas Nuevas y a Los Barracones. Bárbara con dos cubos de zinc, uno en cada mano, traía agua a la casa varias veces al día.

A ella se le hacía muy duro el vivir en la zona minera, en Matarrosa. Consideraba que todo el entorno era hostil. Tenía doce años y todas sus amigas se habían quedado en Valencia de Alcántara, de donde eran naturales.

Uno de los primeros días, recién llegada al pueblo, su madre la mandó por dos cubos de agua al grifo que había en la calle de las Casas Nuevas. Era una fuente provisional donde muchos de los vecinos cogían agua para todas sus necesidades. Bárbara, al ver que no había nadie en el grifo, apretó el mecanismo para que saliera agua y llenar los cubos. En ese mismo instante llegaron otras jóvenes mayores que ella, le cogieron los cubos, los tiraron a lo lejos, rieron y le dijeron:

—Tú *llenas cuando nosotras terminemos.*

Este incidente le afectó mucho y durante varios días no quiso ir sola a coger agua. Cuando su madre la mandaba tenían que acompañarla. Durante mucho tiempo se sintió muy sola.

Empezó a asistir a las clases de Doña Eutimia, que era una maestra que daba clases particulares en una habitación de su casa. Tenía una mesa de madera grande y dos bancos también de madera, uno a cada lado. Allí se juntaban niños, grandes y pequeños. Ella ponía tareas a cada uno de sus alumnos. Cuando se armaba mucho jaleo por discusiones o por la típica algarabía entre compañeros, doña Eutimia cogía el látigo que tenía y empezaba a repartir latigazos desde un extremo de la mesa hasta llegar al final. Tanto si eras culpable como si no lo eras recibías los latigazos reglamentarios. Era un látigo especial, con un mango de madera y a su alrededor tenía muchas tiras de cuero de aproximadamente un metro de largo. Sin embargo, Bárbara siempre recordó con cariño a Doña Eutimia. Durante ese tiempo no hizo amigas. Las niñas de su edad asistían a la escuela de doña Rosario que era la escuela oficial y reglada.

Eran tiempos muy difíciles y no todas las familias valoraban la escuela. No todas

las niñas del pueblo iban a clase, algunas ayudaban a sus madres a cuidar de sus hermanos y en las labores de la casa.

Matarrosa era un pueblo minero, toda su actividad eran las minas. Antracitas de Gaiztarro, S.A. era la empresa más fuerte y estaba situada en los alrededores de Matarrosa. Caleyo, Escandal, Melendreras, Murias y Costillal, Riola, Jarina, Diego Pérez, eran las que estaban más cerca, pero había más en otras zonas. El pueblo había crecido al desarrollo del carbón y también recibió un impulso cuando se hizo el canal para la térmica de Ondinas.

Tanto las minas de carbón, como la obra del canal, atrajo a mucha gente de otras provincias. Personas que se desplazaban para trabajar de muy diversos lugares: Galicia, Extremadura, Andalucía y de otras partes de España. Los nativos de Matarrosa eran pues muy pocas familias disueltas en sus formas y costumbres, absorbidas de alguna manera por todos los inmigrantes que formaban una nueva comunidad heterogénea con nuevas costumbres festivas y culinarias. Aun así las familias nativas conservaron sus privilegios heredados. Todos los demás, que eran la inmensa mayoría, lo único que tenían en común era que eran trabajadores y que arrastraban a sus espaldas muchas dificultades, miserias y grandes sacrificios.

Con motivo de la llegada constante de trabajadores y de sus familias escaseaban las viviendas y cualquier cuadra o chabola se habilitaba, aunque no tuviera las más mínimas condiciones higiénicas y sanitarias, para ser alquilada a los recién llegados. También se construyó por parte del Ministerio de Vivienda un número determinado de casas, las Casas Nuevas las llamaron, creando así un nuevo barrio. El pueblo estaba partido, por un lado la carretera de Villablino a Ponferrada, dejando a un lado la parte nueva de Matarrosa y al otro la plaza, la iglesia y las casas más antiguas.